

Los Extraterrestres Somos Personas Honradas

EM Ariza

Freeditorial 

Es tanta la presión mediática que existe actualmente por la salud e imagen que, finalmente y después de mucho pensarlo, decidí pasar unos días en uno de esos Centros de Estética que se comprometen a limpiar tu cuerpo de todo lo nocivo, dejarte nuevo y quitarte unos años; más o menos como si se tratara de una puesta a punto de un automóvil de lujo. Lo del lujo lo digo por el precio que me cobraron.

Allí había muchos empleados con batas blancas que me hicieron pasar tal hambre que terminaron con mis deseos de visitar Africa. ¡Para qué ir, cuando allí mismo la había conocido de tanta necesidad como pasé!

Cuando al fin regresé de ese Centro, donde había pagado un buen dinero para que me hicieran pasar miseria y aburrimiento, llamé a Zoilo para compartir la experiencia.

— Decidí acudir a ese sitio –le expliqué, pues él no estaba al tanto– porque me dijeron que este lugar te cambia la vida en dos semanas.

— ¿Y tú cuanto estuviste?

— Seis.

— ¿Y te la cambió?

— Sí, en dos aspectos: bajando mi peso por hambre, y en mayor proporción mi cuenta en el banco.

Se rió, no sé si de mí o conmigo –algo que nunca tengo claro con Zoilo–, y se despidió.

Tras ello me puse a contemplar el infinito desde la terraza de mi ático, y mis pensamientos comenzaron a indagar sobre la experiencia vivida. *¿Hubo algo de utilidad en ella?* Me pregunté. Desde luego en lo del peso no, puesto que lo recuperaré rápidamente en cuanto comí tres buenos filetes. Lo que no recuperaré es mi anterior saldo bancario. *¿Entonces por qué lo había hecho?*

insistí en preguntarme. *Quizás la respuesta esté –me respondí– en la naturaleza de nuestra propia naturaleza.* ¡Diantres, al escribir esta frase he caído en la cuenta de que tiene un gran nivel intelectual! Es una demostración de que algo aprendo de mi amistad y conversaciones con Zoilo, pues en los periódicos deportivos –que es lo único que leo aunque sean los titulares– no suelen decir frases tan brillantes. Al menos yo no las recuerdo.

El caso es que insistí en hacerme la pregunta clave: *¿En realidad por qué había hecho aquello? ¿Para gustarle a alguien?*

La mayor parte de la gente suele responder a esta cuestión diciendo aquello de *“No es para gustar a los demás, es para gustarme a mí mismo”*. Pues créame, mienten como bellacos, porque si estuviesen en una isla desierta no creo que se preocupasen demasiado de la figura ni de su imagen.

La verdad es que hombres y mujeres somos unos embusteros compulsivos, pues mentimos continuamente. Para empezar cada uno a sí mismo; y para continuar, los maridos a las mujeres y éstas a aquellos; los padres a los hijos y los hijos a los padres; los amigos unos a otros, y los políticos a todos.

Es la forma que tenemos de sentirnos a salvo. Hay que reconocer que la Verdad no sirve de nada a pesar de la buena prensa que tiene y es necesario mentir para triunfar, o como mínimo para sobrevivir. Me dijo Zoilo que incluso para ese fin se creó eso que llamamos educación y normas de cortesía, que es otra forma de mentir solo que más elegante. *Hola señora, hoy la encuentro delgada y joven.* Esto lo diremos aunque la buena mujer parezca un ballenato arrugado. *¡Qué niño más mono!* Esto lo diremos a unos padres al ver a su hijo, aunque esa apreciación –me refiero a la del mono– sea literal. Así que la conclusión es que la Verdad es una virtud muy ensalzada pero que a nadie interesa demasiado poner en práctica.

Confieso que me he perdido. Que ya no sé de qué estaba hablando, ni por qué he llegado a estos laberintos en mi análisis.

¡Ah sí, ya sé! Decía que es mentira cuando se dice que uno no intenta estar guapo o guapa para los demás. Y como la realidad es que a todos nos importa lo que otros piensan de nosotros, nos esmeramos por estar lo más presentable

posible. De ahí mi internamiento de seis semanas en el dichoso y caro Centro de Estética, aunque sin demasiado resultado, pues solo he conseguido perder ahorros y ser seis semanas mayor.

Pero eso sí, me aburrí mucho, y como acostumbra a suceder en estos casos en mi ágil mente –como seguramente usted ya sabe–, suelen surgir pensamientos conflictivos. Pero, en esta ocasión, he de confesar que todas mis inquietudes filosóficas habían ido naciendo y creciendo según aquellos señores de batas blancas me habían ido prohibiendo cosas, afirmando que debía privarme de ellas para conseguir vivir más.

Lo primero que me enseñaron es que todas las cosas buenas y divertidas son perjudiciales para el hombre. A saber: los bombones, el marisco, el vino, el sexo, el sentarse tranquilamente en un cómodo sofá; el tabaco, los refrescos, los dulces, las palomitas, las hamburguesas, las pizzas... En fin, nos quedan las acelgas, espinacas, las manzanas y el agua.

La inmediata pregunta que surgió en mi mente fue: *¿Merece la pena alargar la vida para disfrutar de unas tristes espinacas?*

Pero mi reflexión fue mucho más allá, pues en el Centro, como he dicho, tenía demasiado tiempo para aburrirme y hambre que olvidar. Es por esto que mi mente comenzó a divagar sobre la idea de que en realidad somos unos inadaptados en nuestro propio planeta, ya que todo lo bueno nos hace daño.

Profundizando aún más en este tema de nuestra inadaptación, otra buena prueba de ella es el hecho de que no podamos ir desnudos pues tendríamos frío; también en que hemos de construir casas para protegernos de la lluvia, el sol y cualquier otro fenómeno atmosférico; y que las tres cuartas partes de la Tierra sean agua y en cambio nosotros apenas aguantamos unos segundos sumergidos en ella. Y, para colmo, somos el animal que tiene los hijos con mayor dosis de dolor, como si nos advirtiera la naturaleza que –valga la redundancia– no es natural para nuestro cuerpo fabricarlos y parirlos. *A lo mejor resulta que dicho dolor es el castigo que Dios nos envía por disfrutar del sexo.* Pensé.

Pero, reflexionándolo mejor, no creo que esa sea la causa puesto que Dios

no es misógino, y el parto a quien duele exclusivamente es a la mujer. Al hombre no, al menos físicamente. La estaría castigando únicamente a ella, y esto no puede ser. Así que la explicación de nuestra inadaptabilidad al planeta tiene que estar en otro lado. En fin, la de cosas complicadas que se le ocurren a uno cuando está aburrido.

Al irme del Centro –o huir de él para decirlo con mayor propiedad–, tantas inquietudes desordenadas y turbadoras me hicieron ser consciente de la necesaria intervención de Zoilo. Son cuestiones demasiado importantes como para no buscar refugio en sus conocimientos.

Así que lo invité a mi ático, y antes de cenar lo puse en antecedentes sobre mis desconcertantes reflexiones.

A continuación transcribo literalmente sus respuestas para que usted saque sus propias conclusiones, ya que yo no las entendí del todo.

— El Hombre siempre ha creído –comenzó diciendo Zoilo– que por el simple hecho de ponerle nombre a algo ya conoce y domina ese algo.

¡Cáspita! Me dije. Convendrá usted conmigo que como comienzo no está nada mal.

Puse mis cinco sentidos en intentar seguirle, aunque con dudoso éxito.

— Así, por ejemplo –siguió Zoilo–, el Hombre llamó Big Bang a una explosión cósmica, y entendió que con ello conocía el principio del Universo – y continuó tras un instante de reposo–. Llamó “Evolución” a la transformación de los seres vivos y con ello creyó entender el origen de las especies. Pues bien, ni el Big Bang es el comienzo de nada, ya que posiblemente solo sea manifestación de uno de los muchos universos paralelos existentes en uno de sus ciclos de contracción y expansión; ni la Teoría de la Evolución está detrás de la evolución de las especies, pues estas nacen como producto de la combinación casual de partículas, prosperando sólo aquellas que desde el principio tienen las características que les permiten sobrevivir en su entorno específico.

¡Joder, vaya inicio! Volví a pensar, para después decir en voz alta:

— ¡Ya! ¿Y con todo eso quieres indicar...?

— Que si la gacela no hubiese nacido con la velocidad como herramienta de defensa jamás hubiese prosperado y habría desaparecido, pues el león hubiese terminado con ella en la primera época de su aparición como especie animal y no habría tenido tiempo para evolucionar.

— ¡Ya!

— Pues el hombre igual. Si no hubiese nacido en el principio de los tiempos con el mismo nivel de inteligencia que actualmente tiene, tú y yo no estaríamos hoy disfrutando de estas copas, pues las fieras nos hubiesen exterminado ya que somos muy débiles físicamente comparados a la mayor parte de ellas. Tenemos una inteligencia que escasamente nos capacita para tener la habilidad de crear herramientas para defendernos, pero no la suficiente para entender el Universo del que formamos parte, y es por ello que creamos descabelladas teorías científicas y aún más descabelladas filosofías religiosas. Es una inteligencia que nos permite saber que las emociones son la salsa de la vida, pero no nos permite conocer que la razón debe ser la conductora de la misma.

Tras este inicio de charla –o conferencia como usted prefiera llamarlo– decidimos hacer un alto para cenar, pero sobre todo para respirar pues no me había enterado de nada.

Tras la cena vimos una película antigua, y después nos sentamos en unos cómodos sillones para disfrutar de una tranquila y relajada velada con nuestros correspondientes habanos y copas, disfrutando de un excelente coñac Napoleón.

He de confesar que estos ratos siempre me han gustado, pues me sigue pareciendo sorprendente que puedan existir dado lo diferente que somos Zoilo y yo. De hecho él es inteligente, leído y reflexivo; mientras yo soy...

Bueno, lo que quiero decir es que le aprecio, a pesar de que algunas veces no entiendo todo lo que dice. Pero más asombroso todavía me parece que él me aprecie a mí. Pero así es. De hecho es un hombre de poca paciencia, en cambio, conmigo, no demuestra esta faceta de su carácter. Al contrario,

procura que nuestras conversaciones fluyan sin hacer demasiado alarde de esa cantidad de palabras raras que aprende en tantos libros que lee.

Bueno, no sé si me he vuelto a perder y de camino le he extraviado a usted, estimado amigo. Así que retomo el asunto. Como decía, nos encontrábamos charlando Zoilo y yo pacíficamente con nuestros puros y copas. Era una agradable y serena noche. Perfecta para estos menesteres de la comunicación humana.

Habíamos visto la película clásica “*2001 Una Odisea del Espacio*” y ella dio inicio a nuestra conversación. Surgieron diversas apreciaciones sobre la misma. La primera es que el autor debería haberla llamado 2111, pues había sido muy poco previsor al denominarla 2001, ya que hace un montón de tiempo que ese año ha quedado en el olvido y la tecnología que describe la película no existe ni por asomo.

Por otro lado, opiné que la primera parte me parecía razonablemente entretenida pues especulaba sobre el origen del hombre, pero la segunda un plomazo incomprensible con muchas luces acompañadas de los acordes del Danubio Azul. Sé que su director es de esos que los expertos en cine califican como “director de culto”; pues debería haber sido un poco más culto y saber que en el año 2001 no estaríamos haciendo viajes a Marte y otros planetas como el que va al centro comercial, que es lo cuenta en el film. No sé cómo le fue como director de cine, pero de vidente habría pasado mucha hambre como yo en el Centro de Estética.

He de confesar que me dormí durante las inacabables imágenes de luces abstractas acunado por el ritmo del vals que las acompañaba. “¿*Qué significaban aquellas imágenes del film?*” fue la primera pregunta. Y la respuesta fue clara: “*ni lo sé ni me importa.*” En resumen, me trae sin cuidado lo que pretendan significar aunque los snobs digan que aquello, precisamente, es la esencia de la película y que es una obra maestra. ¡Pues toda suya señores snobs, ustedes que la disfruten! Aburrída lo es un montón, pero, eso sí, altamente recomendable para la sagrada hora de la siesta. Con el vals y las lucecitas de colores se duerme la mar de bien.

Lo bueno que tiene Zoilo es que sabiendo todo lo que sabe –y podría

presumir por ello— no es un snob. Si algo no le gusta lo dice sin artificios; y en el caso que nos ocupa coincidíamos plenamente, así que rápidamente nos olvidamos de esa parte de la película.

Pero la primera parte, que cuenta el origen del hombre en versión cinematográfica, sí me interesaba y por ello nuestra conversación tomó ese derrotero.

Le pongo en antecedentes por si usted no lo sabe. Zoilo es de los que ponen en duda la fiabilidad de la Ciencia y da sus razones para ello. Afirma que las irrefutables verdades científicas de hoy, no son más que las teorías fallidas de mañana. Por eso él, entre otras, no cree nada de la historia que del hombre cuentan los antropólogos. Asevera que estos son unos profesionales muy imaginativos, que desentierran un pequeño trozo de fémur de un hombre de las cavernas y aseguran saber el color de los ojos que tenía, el dentífrico que usaba, el nombre de la suegra y el número de hijos que había parido la mujer del individuo en cuestión al que había pertenecido el trozo de fémur. Es decir, las conclusiones de estos profesionales consisten en un uno por ciento de ciencia y un noventa y nueve de fantasía. Pero esa fantasía es la que gusta a los medios de comunicación quienes la extienden por el mundo como verdad absoluta.

Zoilo mantiene que la inteligencia no progresa. Que tenemos la misma de aquellos señores de las cavernas, solo que como somos más habitantes sobre la tierra tenemos mayor contacto unos con otros y eso acelera los conocimientos pues se comparten a gran velocidad, cosa que en los tiempos antiguos no pasaba porque las tribus estaban muy aisladas entre ellas; y mejor así, ya que cuando se encontraban no solían ser muy amables unas con otras.

De esta reflexión brotó mi oportunidad para plantear las preguntas claves; aquellas que habían nacido durante las largas horas de aburrimiento y hambre en el Centro de Estética. Me dije, esta es la mía, y como disparos las lancé.

— ¿Por qué crees que somos un animal tan mal adaptado a este planeta? ¿Por qué todo lo bueno y placentero es malo para nuestra salud? ¿Por qué hemos de usar ropa y techo para protegernos, y por qué es tan doloroso parir?

— La respuesta a todo ello es una sola y muy sencilla —manifestó Zoilo sosegadamente—. El hombre durante siglos viene preguntándose si los extraterrestres han llegado a la Tierra. Y claro que han llegado: Somos nosotros. Por eso estamos tan mal adaptados.

Mi mano quedó con la copa detenida a medio camino entre la mesa y la boca, la cual permaneció abierta hasta que, segundos más tarde, me di cuenta y la cerré.

Él lo había dicho como el que habla del tiempo. Sin pestañear. Sin aspavientos. Sin darle importancia y como si fuese una obviedad.

Sólo pude articular:

— ¿¿Cómo dices??

Vi que él miraba tranquilamente las luces de la noche por la amplia ventana de la terraza, saboreando el coñac y el puro. Me dio la impresión de que no pensaba seguir con el tema. Como si la afirmación que acababa de hacer fuese tan simple y evidente que no merecía más aclaración. Pero la verdad es que me tenía sobre ascuas, porque si eso lo hubiese dicho otra persona me hubiese reído y le hubiese contestado con cualquier irónica gracia. Pero lo había dicho Zoilo, y Zoilo es la cordura y el conocimiento en mayúsculas. Así que, como no seguía con el tema, me vi obligado a insistir en el asunto.

— ¿Te refieres a que nosotros somos esos hombrecillos verdes de orejas puntiagudas?

— No, no creo que fuésemos así —respondió—. La verdad es que no tengo ni idea de cómo eran esos antepasados nuestros que llegaron de las estrellas.

¡Vivía sin vivir en mí! Sé que esta frase era de alguien antiguo —no sé si un cura o un general romano—, pero la cosa es que describía perfectamente mi estado de ansiedad ante la importancia de la información que estaba recibiendo.

— ¿Pero cómo pudo suceder?

— Muy simple —respondió tranquilamente—. La inteligencia apareció de

golpe desde los primeros tiempos del hombre y hemos podido comprobar que no crece, pues es obvio que nosotros no somos más inteligentes, por ejemplo, que los griegos o los romanos. Por ello es razonable suponer que unos genetistas de fuera de la tierra, pero mucho más inteligentes que nosotros, experimentaron hace más de un millón de años, como si de un laboratorio se tratara, mezclando su carga genética con diversas especies de primates de este planeta, y de ahí nacieron los distintos subgéneros de homínidos. Unos, como el Neandertal, se extinguieron; y otros, como nosotros, hemos llegado hasta aquí. Es por esta razón por la que estamos muy mal adaptados, porque un porcentaje importante de nuestro origen no es de este planeta que llamamos Tierra. El animal que nació de esas combinaciones, o sea nosotros, conserva parte de las dos ramas genéticas de las que proviene, pero presenta inadaptaciones y por ello mucho de lo que como simio nos gusta, como extraterrestres nos perjudica. Es así de sencillo –y tras una pequeña pausa apuntilló-. En verdad el experimento no fue demasiado brillante en sus resultados, pues nació como producto de él un animal, el Hombre, que perdió parte de las cualidades físicas de los simios y buena parte de la inteligencia de los extraterrestres. Pero en fin, a pesar de ello por aquí andamos todavía...

Tres horas más tarde, ya en la cama, seguía con los ojos abiertos como platos dándole vueltas al tema. “*¡Yo un E.T...!*”

Así que tanto preguntarnos por los extraterrestres y resulta que somos nosotros. Tanto imaginarlos verdes y con antenas, y al final hasta Scarlett Johansson es extraterrestre. Tanto pensar que era gente que nos iba a atacar o masacrar y resulta que no es así, que los extraterrestres somos personas honradas.

No sé a qué hora conseguí dormirme esa noche, pero sí sé que soñé con extraterrestres, porque soñé con Scarlett.

EM Ariza



¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es